

EN TORNO AL LEGADO DEL DOCTOR JORGE BASADRE (*)

▪ **FREDY GAMBETTA**

Agradezco el honor que me brinda la Universidad Nacional JORGE BASADRE GROHMANN, de mi ciudad natal, al haberme designado para decir unas palabras en este acto solemne en el que recordamos, en el año centenario de su nacimiento, el 23 aniversario del deceso del más grande tacneño del siglo XX, el Historiador de la República, patrono de esta superior casa de estudios.

Qué decir que no lo hayan dicho preclaros intelectuales, peruanos y extranjeros, acerca de la vida y la obra de nuestro ilustre paisano. El reto es grande y, en la medida de mis posibilidades, trataré de merecer el honor que se me ha conferido.

En primer lugar me asomaré al pensamiento del doctor Basadre acogíendome a lo que expresara, a guisa de postrer legado, en el discurso que pronunciara el 15 de noviembre de 1979, en nuestra ciudad, con ocasión de la 17ª Conferencia Anual de Ejecutivos y que se ha convertido en un trabajo clave que resume algunas propuestas que elaborara en el invierno de su vida.

Citaré continuamente al Maestro para cotejar sus palabras con la realidad que vivimos, en el Perú, casi un cuarto de siglo después.

Basadre escribe que *“por desgracia los peruanos adultos, ignoramos el deber de estar muy cerca del alma de las nuevas generaciones, seducidas ellas, en muchos casos, por la desinformación, por los primarismos imperantes en la televisión, por el cinismo, o por el hechizo de las drogas”*. ¿Cuánto ha mejorado esta aseveración? Me parece que poco. Es más, se ha acrecentado, según podemos leer en las estadísticas, el número de jóvenes que, a temprana edad, ingresan al oscuro mundo, a veces sin retorno, de las drogas ante la indiferencia de padres despreocupados u ocupados en la tenaz lucha por sobrevivir en una realidad que parece brindar, cada vez, menos posibilidades. La televisión, por otro lado, sigue ofreciendo programas anodinos, banales, frívolos, esclava de los sondeos de opinión, que llaman ranking y que manejan, a su gusto, quienes tienen dinero para manipular y sorprender, cuando no a deslumbrar, a los no avisados, ofreciendo una chata programación porque, como cínicamente lo afirman, *“eso es lo que le gusta a la gente”*.

Al referirse a la patria, y sus valores, el Maestro anota que *“...si en el desarme ingresamos, por ahora, solos y confiadamente, sin garantías auténticas para nuestra seguridad ello puede resultar en beneficio de otros y suscitar nos sorpresas desagradables”*. Esta es una advertencia que es preciso tomar en cuenta, con seriedad, para no cerrar los ojos ingenuamente, en aras de la demagogia o del populismo, a los peligros que puedan presentarse en una región, como la nuestra, donde todavía, en el inicio del siglo XXI, tal vez por mucho tiempo, y por épocas que parecen responder a un *corsi y ricorsi*, nuestros países no abandonan la adolescencia de la que nos hablaba Luis Alberto Sánchez, en los años 30s, del siglo XX. La ansiada tranquilidad la garantiza, para citar a Basadre, *“la paz de la justicia y la estabilidad”*.

En otro tramo de aquel memorable discurso, el Historiador de la República, con absoluta claridad, hace referencia al **“mundo de la vara, la coima, la mordida, los ayayeros, los patas, los compadres, los padrinos”** y cita el pensamiento de escritores del siglo XIX, como Juan de Arona, que incluyera en su Diccionario de Peruanismos el vocablo “troncha”, y a Abelardo Gamarra, el Tunante, excelente cronista costumbrista. Esos males endémicos del Perú parecen haberse multiplicado en los últimos años y, muy especialmente, en la década pasada al descubrirse, como nunca antes, y ante el asombro de la gente honesta, y de buena fe, cuánta patraña, cuánto dolo, cubrió de lodo a las altas esferas del gobierno de entonces y a figuras de la política, del ejército, del periodismo, del comercio, la industria, de la farándula y el deporte. Es decir a casi todo el espectro de la sociedad peruana. A medida que salen a la luz más robos, coimas y patrañas, colegimos que, en esos negros años, todo parecía tener su precio mientras el pueblo embalsaba su frustración y su impotencia. Basadre, en su momento, puso el dedo en la llaga y llamó la atención para que se corrigiera lo que hubiera que corregir.

Al referirse al buen gobierno escribe **“El micro – universo que es un Estado, requiere comando. No en un sentido tiránico o arbitrario, ni tampoco dentro de la sensualidad de gozar de la agradable oportunidad para repartir prebendas a los amigos y marginar sistemáticamente a los enemigos”**. Esta es otra gran lección, en cinco líneas. ¿Qué es un estado sin comando? ¿Cuál será el futuro de un gobernante que se entregue a los vanos y pasajeros placeres que el poder transitorio brinda? ¿Qué le esperará a un jefe de estado que gobierne para sus amigotes solamente?. La voz de Basadre, que nos llega desde hace un cuarto de siglo, es una permanente advertencia y una enseñanza siempre vigente que solamente los soberbios, o los suficientes, serían capaces de desoír, ahora y en el futuro.

Para evitar que se cometan delitos, en la administración de la cosa pública, el Maestro afirma que **“alguien debe exigir porfiadamente la dación de un código de ética en el gobierno y de un régimen especial para la sanción contra el delito del enriquecimiento ilícito, a base de jurados honorables e independientes que fallen con criterio de conciencia, a todo lo cual conviene agregar un sistema de sanciones severas, contra los difamadores y los calumniadores”**. En estas palabras, del pensamiento de Basadre, parece estar encerrada una voz profética, angustiada. El amor a su patria, así lo creo, en esos sus postreros años, cuando tanto había vivido la realidad peruana y estudiado, a profundidad, como pocos, la historia del Perú, estoy seguro que le anunciaba la aproximación de tormentas, de tiempos difíciles, que no llegaría a ver pero que sentía el imperativo de anunciarlos.

En lo referente a los difamadores y calumniadores no se equivocaba al pedir sanción para ellos. Hoy vemos, atónitos, como, en la llamada prensa amarilla, que avergüenza a los verdaderos y honestos periodistas, que los hay, se juega con el honor de las personas, se exalta y se muestra, sin pudor alguno, la hez, el sedimento de la sociedad, al amparo de una, dízque, libertad de prensa, que nadie se atreve, como ocurre en países donde se preserva la sana convivencia, y el buen nombre, a normar, partiendo de la exigencia de un título profesional a quien maneja un medio de comunicación o un simple noticiero.

El Maestro, para rubricar su discurso, apela a una extensa cita de Walter Lippmann quien escribió, hace más de medio siglo, en 1943, **“... en los momentos supremos de la**

historia palabras como deber, verdad, justicia y caridad, que en nuestros oscuros tiempos son palabras huecas, deben servir como medida para cualquier importante decisión.... Nosotros nos portamos como si las hubiésemos olvidado... Buscamos ser muy astutos, muy inteligentes, muy calculadores cuando la gente ansiosa y sufrida lo que nos pide es solamente que practiquemos las virtudes elementales y que demos nuestra adhesión a las verdades eternas... el camino recto y seguro es el más corto y el más seguro”.

Extensa cita que transcribe el doctor Basadre y que refleja, en esas palabras simples, lo que él deseaba expresar. Palabras revestidas de sencillez y profundidad, resumen de teorías y enseñanzas, al alcance de todo hombre de buena voluntad.

Una frase, para mi gusto redonda, con la que inicia el Historiador de la República, el último párrafo de aquel su memorable discurso dice “ *la esperanza más honda es la que nace del fondo mismo de la desesperación*”. Escribe esa frase para decirnos que en su juventud había soñado una patria distinta y que, al mirar “*el porvenir inmediato piensa que se requiere cordura, lucidez y la superación de los viejos vicios de la lucha política criolla, que son el faccionalismo, la actitud para el dicitario, el atolondramiento*”.

Los intelectuales, atentos a la obra de los grandes escritores, historiadores o artistas peruanos, reconocen que pocos, muy pocos, como Basadre, tuvieron siempre presente al lar nativo. Tacna es una presencia permanente en su obra, desde la aurora de su trabajo intelectual.

Es por ello que, en el inicio del discurso que estoy comentando, seguramente sin profundidad, de mi parte, el gran tacneño escribe que “... *si en los verdaderos peruanos, hay o debe haber solidaridad con el drama de la mediterraneidad de Bolivia, lógico es que sean conscientes también de la relativa y empequeñecida mediterraneidad de Tacna*”. Estas palabras han cobrado notable actualidad en nuestros días cuando es preciso reclamar, de una vez por todas, en voz alta, el apoyo decidido del Gobierno Central y de la Representación Nacional, para que se autorice, con todas las garantías legales posibles, el uso del muelle peruano en Arica, en virtud al Tratado de 1929, y se promulguen normas legales permanentes y precisas para el definitivo funcionamiento de la ZOFRATACNA. Qué se apoye a los empresarios tacneños, que no se les maltrate, más todavía de lo que han sido, hasta ahora, provocando el quiebre de las empresas, que florecieron en los dos primeros años de los 90s, gracias a la ZOTAC y el cierre de las industrias para convertir el Parque Industrial en un fantasma en el se han ubicado antros de baja estofa.

Qué nadie vuelva a permitir, cuando se discutan los intereses de la Heroica Ciudad, que en el Congreso de la República algún osado vecino ingrato ofenda a esta ciudad que es la cuna de Vigil y de Basadre, símbolo del blasón democrático de la República, la única, en los pueblos de la patria, dos veces peruana, por decisión de sus hijos. Y, por sobre todo, escuchar al Maestro que solicitaba, para su ciudad natal, un “*planificado despegue que no deba otorgar importancia exclusiva al comercio sino buscar sólidas raíces en la agricultura, el fomento industrial y otorgar especial interés a un sano impulso en el campo de la educación y la cultura*”.

El doctor Basadre mostró su afecto por los tacneños que lo abandonaron todo en los duros años del cautiverio de la ciudad. Cada vez que volvía a Tacna decía que lo hacía *“como en una romería... para escuchar de cerca las voces misteriosas de tantos recuerdos imborrables, envueltos a veces en lágrimas o sangre”*. Afirmaba que aquellos tacneños y ariqueños se sacrificaron *“no en aras de un ídolo de barro miserable o de un engaño monstruoso ... en este dulce y cruel Perú en el que entonces, como ahora, había notorias lacras”*.

Otro documento notable, que puede ser tomado también a manera de testamento ológrafo, es el discurso que pronunciara al recibir la Orden del Sol del Perú, en enero de 1979. Allí, en el penúltimo párrafo, antes de su mensaje a los peruanos, se dirige al pueblo de Tacna, a los agricultores, a los artesanos, a los jóvenes, a los intelectuales *“que, sin apoyo oficial, siguen impertérritos dirigiendo un movimiento quizás sin paralelo en el Perú de hoy”*. En suma pide para Tacna *“una máxima, permanente y cuidadosa preocupación, tanto en lo material como en los distintos niveles de la actividad cultural”*.

Nosotros, los jóvenes de entonces, que nos honrábamos con su amistad, sus hermanos menores, como le gustaba llamarnos, escuchamos emocionados sus palabras que nos comprometían a seguir trabajando por la cultura, en nuestro caso, a crear y a investigar el pasado de esta tierra que baña el generoso Caplina.

Desde que lo conocimos, y recibimos su amistad, su permanente apoyo y aliento, el doctor Basadre fue nuestro mentor, el más grande maestro con el que nos gratificaran los dioses. Él tuvo siempre una palabra justa, un consejo oportuno, una carta en el momento preciso. Sentía que, no solamente por el hecho de ser jóvenes, merecíamos su confianza sino porque demostrábamos, con una obra incipiente entonces, el inicio de un camino que no abandonaríamos a favor de la cultura local. Y, además porque tenía la certeza de que se trataba de la primera generación compacta de intelectuales tacneños, en el siglo XX, luego de un largo apagón que había durado hasta 1929, y de una etapa posterior en el que aparecieron valiosas, pero aisladas, voces.

Para honrar a tan excelso personaje, uno de los más grandes peruanos del siglo XX, un rendido amante de su tierra natal, al historiador que tuvo al Perú, como único motivo de su trabajo incesante, al intelectual inmune a la frivolidad, a la riqueza, a la sensualidad de los salones, al solitario investigador, a quien que, como nadie, se preocupó por darnos una identidad espiritual y unión a base del conocimiento del pasado, ¿qué hemos hecho?

Como tacneño, sin más poder que mi palabra, y mis obras, que el futuro juzgará, expreso mi vergüenza porque hasta ahora la casona Basadre se encuentre abandonada mientras los unos y los otros intercambian acusaciones o evitan responsabilidades. Después de idas y venidas la colectividad, y especialmente quienes guardamos la memoria del Maestro, hemos recibido la buena noticia de que el Gobierno Regional destinará una partida para iniciar las obras de restauración que, si no se hubieran producido esas discordias provincianas, se estaría culminando, por lo menos, la primera etapa de la ansiada obra. Sin embargo, la triste y dolorosa verdad es una, la casona es prueba flagrante de la ingratitud y el olvido, de tirios y troyanos, de todos los que esperamos estos fastos para empezar a preocuparnos.

Como tacneño, digo también, en voz alta, que me duele que el presente año haya sido dedicado a los minusválidos y, como un añadido, al centenario de Jorge Basadre Grohmann. Los que proponen y deciden, pregunto, ¿no fueron capaces, con la anticipación debida, de proyectar un decreto para que el año 2003 sea solamente dedicado a la memoria del Historiador de la República?. Con nuestro grande Vallejo, **“digo, es un decir”**.

Otra pregunta, ¿ Qué se ha hecho para poner en valor el balneario de Calientes, en la dimensión que anhelaba el doctor Basadre?

Y una pregunta más encontramos en su libro LA VIDA Y LA HISTORIA **“¿Por qué no se reconstruye alguna de las mansiones del próspero siglo XIX, tal como se ha hecho con no pocas en Arequipa, Trujillo, Ayacucho y otras ciudades?”** Esta pregunta, a los tacneños que amamos nuestra ciudad, y que tenemos ojos para ver y corazón para sentir, nos retumba diariamente en los oídos cuando observamos, con dolor y angustia, como agonizan, cayéndose a pedazos, viejas y hermosas casonas situadas, la mayoría de ellas, a ambos lados de la alameda Bolognesi. Allí están la casona construida por el francés Boldel, hoy llamada “quinta Hullman”; la quinta que fue residencia del español Casanova; la quinta que todos conocimos como los Angeles o la quinta Flint, aquella que los jóvenes han bautizado como “la casa encantada”. Alguna de ellas es hoy propiedad de una entidad bancaria. Antes que sigan cayéndose a pedazos, ¿no podría ese banco restaurarla? Ese sería el mejor homenaje a la memoria del gran tacneño que hoy evocamos. Así cumpliríamos con su deseo de una manera real, efectiva, no retórica.

Con agrado en estos días hemos leído que el Gobierno Regional dedicará una partida destinada al sitio arqueológico de Miculla, tan cercano a la ciudad, pero tan descuidado pese a su valor con el que ya quisieran contar otros países que sí saben explotar el legado de sus antepasados.

En lo personal atesoro, como lo más valioso de mi archivo personal, un conjunto de cartas que el doctor me escribiera y, muy especialmente, un encargo, un recado, una encomienda, que es la norma de mi trabajo intelectual y ha sido, y seguirá siendo, el invencible escudo que me protege de cualquier avatar. Ese mensaje dice **“... Anheló que todas sus cosas vayan lo mejor que pueda ser dentro de la relatividad del mundo en que vivimos. Y que siga creando. Y que siga haciendo flamear el pabellón tacneñista a pesar de todo y de todos. O de casi todos”**. Ese mandato del excelso, del eminente, del colosal Historiador de la República, lo cumpliré hasta que, como quería Barreto, me echen de cara para besar el polvo del suelo tacneño.

(*) *Discurso en la Universidad Nacional de Tacna, en la Ceremonia Central por el Centenario del Nacimiento de Jorge Basadre Grohmann (junio del 2003).*